

Homilías Domingo 33 (Ciclo B)

+ Lectura del Santo Evangelio según San Marcos.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos:

- En aquellos días, después de una gran tribulación, el sol se hará tinieblas, la luna no dará su resplandor, las estrellas caerán del cielo, los ejércitos celestes temblarán.

Entonces verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes con gran poder y majestad; enviará a los ángeles para reunir a sus elegidos de los cuatro vientos, del extremo de la tierra al extremo del cielo.

Aprended lo que os enseña la higuera: cuando las ramas se ponen tiernas y brotan las yemas, sabéis que la primavera está cerca; pues cuando veáis vosotros suceder esto, sabed que él está cerca, a la puerta.

Os aseguro que no pasará esta generación antes que todo se cumpla. El cielo y la tierra pasarán, mis palabras no pasarán.

El día y la hora nadie lo sabe, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, sólo el Padre.

Palabra del Señor

Homilías

(A)

Marta, una joven esposa chilena, y su hijo de muy corta edad fueron dos supervivientes del accidente aéreo del avión de Avianca en Madrid, a unos cuatro kilómetros del aeropuerto de Barajas. Su bloque de asientos había salido despedido a cincuenta metros del lugar de la caída. Momentos después, y tras haberse arrastrado con su hijo cincuenta metros más, el gigantesco avión estalló en un fuego infernal, abrasando a su marido aún con vida.

Entrevistada mucho tiempo después en la televisión de su país, el locutor le preguntó:

-Señora Marta, ¿ha cambiado en algo su vida después del accidente?

-Ha cambiado totalmente -respondió.

-¿En qué? -insistió el locutor.

-Es como si volviera por segunda vez a la vida, y no todos tienen esa posibilidad. En esta segunda vida soy más responsable. Ahora sé que lo verdaderamente importante es vivir con atención y sensibilidad a las pequeñas realidades de cada día: atender a mi niño, alimentarlo, lavarlo... Desde entonces saboreo más un día de sol, el aire puro, la vista de los árboles, las flores... ¡Todo ha cambiado para mí!... Esta mujer encontró la belleza del vivir cuando estuvo próxima a su fin. ¡Cuántos dirían lo mismo si pudieran tener la oportunidad que tuvo ella: la de volver a vivir! Esta mujer presta atención, desde entonces, a las pequeñas cosas de cada día.

También nosotros debemos prestar atención a esas pequeñas cosas. Pequeñas gotas de agua, pequeños granos de arena forman los mares y las playas, escribió un poeta. Un cristiano puede decir: pequeñas cosas de cada día consiguen el Cielo. Jamás despreciemos las cosas pequeñas. Para un cristiano nada es insignificante y pequeño en relación con Dios y con nuestro prójimo. Un pequeño detalle, una pequeña atención pueden ayudar mucho; pueden calentar el corazón, pueden dar paz; pueden dar felicidad; pueden convertir el llanto en consuelo, el sufrimiento en esperanza.

Decía santa Teresa de Jesús: «No tiene precio la cosa más pequeña si se hace por amor a Dios».

Hermanas y hermanos, seguramente a favor de los demás no podremos hacer grandes cosas, cosas que llaman mucho la atención. No importa. El amor verdadero se puede ver en las pequeñas cosas, en los detalles insignificantes, en los trabajos más humildes de cada día.

En el Evangelio de hoy Cristo nos habla del fin del mundo. No sabemos cuándo será. Lo que sí sabemos es que el fin del mundo, para cada uno de nosotros, será a la hora de nuestra muerte. En esta hora Cristo vendrá a llevarnos a la casa del Cielo. Así lo

esperamos, confiados en nuestra buena conducta, pero sobre todo en la infinita misericordia de Dios.

Y no olvidemos que así como en las pequeñas e insignificantes semillas están ya las flores y los frutos del porvenir, en nuestras pequeñas e insignificantes obras, hechas con amor y alegría, está ya nuestro porvenir: está el Cielo.

(B)

Para ver el sol cada mañana

"Cuando las ramas se ponen tiernas y brotan las yemas, deducís que el verano está cerca"

Marcos nos invita hoy a aprender a ver. Sí, porque no basta tener ojos para ver. También hay que saber leer lo que vemos. Todos somos especialistas en darnos cuenta de que la primavera está cerca. Y la descubrimos en cosas muy pequeñas como son las yemas que brotan en los árboles. Y sin embargo, ¡cuánto nos cuesta ver la presencia de Dios y descubrir sus planes, aun en los grandes acontecimientos de la vida"

Joan Chittister, en su libro "El fuego en estas cenizas" relata un cuento muy simpático. Dice: *"Un peregrino recorría su camino cuando cierto día pasó ante un hombre que parecía ser monje y que estaba sentado en el campo. Cerca de allí, otros hombres trabajaban en un edificio de piedra.*

"Parece un monje ", dijo el peregrino.

"Lo soy" respondió el monje.

¿Quiénes son esos que están trabajando en la abadía?

"Mis monjes" contestó, "yo soy el abad".

"Es magnífico ", comentó el peregrino.

"Es estupendo ver levantar un monasterio. "

"Lo estamos derribando" dijo el abad

¿Derribándolo? Exclamó el peregrino. ¿Por qué?

"Para poder ver salir el sol todas las mañanas ", respondió el abad.

Destruir para poder ver el sol cada mañana. Las grandes abadías suelen ser muy solemnes en sus estructuras y en sus muros. Pero tanta piedra, con frecuencia, impide que el sol penetre dentro. E impiden a los dentro verlo amanecer cada mañana.

En la vida todos solemos construir grandes muros, a veces incluso muy bellos, pero que nos están dificultando ver el sol.

Tenemos demasiados muros que nos impiden ver a los demás.

Incluso ponemos muros que dieran la impresión de ser transparentes, pero que no dejan ver ni a aquellos que están a nuestro lado.

El muro de *"yo soy así"*, y que nos impide ver y aceptar a los demás como ellos son.

El muro de *"yo pienso que las cosas tienen que ser así"*, y nos impide respetar el modo cómo las ven los demás. Como si fuésemos los únicos que tenemos ojos para ver, y gusto para discernir.

El muro de *"a mí no me cambia nadie"*, y que nos impide ver la luz de la verdad que los demás quieren irradiar sobre nosotros. Y no nos sentimos afectados por las señales que cada día Dios nos envía a través de los acontecimientos de la vida.

El muro de *"yo soy el jefe, la cabeza"*, y no nos deja ver que los demás también piensan, y que los demás también tienen cabeza.

El muro de *"las cosas que tengo y he conseguido en la vida"* y que nos cierran a la luz que Dios nos envía a través de las necesidades de los demás.

El muro de *"mi carácter es así"* y nos cierran el paso a la luz que nos invita a ser de otra manera y la llamada que nos llega desde los demás.

El muro de *"mis tristezas y preocupaciones"*, que nos cierra sobre nosotros mismos y no somos capaces de abrirnos a la alegría de la vida.

El muro de *"yo hice tal cosa y ya estoy marcado para siempre"*, y nos impide el gozo y la alegría de saber que el pasado ya no existe y que lo existe es el presente y el futuro que está amaneciendo.

En la vida no siempre es cuestión de construir. También a veces es preciso destruir.

Con frecuencia, veo en nuestros pueblos, antiguas casas que hoy están siendo modificadas en bellas casas. Sus pesados muros de

piedra, son ahora cambiados por grandes cristalerías que dejan entrar y salir el sol por toda la casa. La misma historia milenaria de la Iglesia ha ido creando demasiados muros que le impiden ver el caminar de la historia y del mundo.

Muchas casas antiguas estaban hechas para que nadie pudiese ver desde afuera lo que sucedía dentro. Pero tampoco los de dentro podían ver lo que sucedía fuera. Ahora existe ese vidrio oscuro que dificulta a los de afuera mirar a dentro. Pero los de dentro contemplan muy bien todo lo que acontece fuera.

Nada hay más bello que despertarse y poder contemplar el sol. Nada más bello que despertarse cada día y poder ver la luz que irradian aquellos que viven a nuestro lado.

Nada más bello que despertarse cada mañana y sentir la alegría de un nuevo día, un nuevo amanecer, un nuevo mundo.

No siempre hay que construir monasterios de grandes piedras labradas durante años. Se necesita también de monjes que destruyan los grandes muros para poder ver amanecer el sol cada día sin necesidad de tener que levantar la cabeza al cielo.

Se necesitan profetas que vayan derrumbando nuestros muros de resistencia a la novedad del Espíritu y a los nuevos problemas de los hombres que esperan nuevas terapias espirituales.

Puede que la vida se encargue de derrumbar muchos de esos muros que nos impiden ver con claridad.

Cuando todo lo veas oscuro, piensa si no habrá algún muro que te impide la claridad.

Nunca digas: esto ya es el final. El final de las paredes de un viejo Monasterio, puede ser el comienzo de nuevos amaneceres.

Además no te toca a ti decidir el último capítulo, cuando la vida te está preparando otro más bello. Esa es la razón de la esperanza, que no entiende de finales.

La esperanza es capaz de ver lo nuevo a través de las ruinas de lo viejo.

(C)

PORVENIR

El hombre de hoy mira más que nunca hacia adelante. El futuro le preocupa. No es sólo curiosidad. Es inquietud. Estamos ya escarmentados. Sabemos que los humanos somos capaces de lo mejor y de lo peor. Son pocos los que creen hoy en grandes proyectos nuevos para la humanidad.

Hemos progresado mucho, pero el futuro del mundo es tan incierto como siempre o incluso más oscuro e indescifrable que nunca. ¿Quién se atreve hoy a arriesgar algún pronóstico? ¿Quién sabe hacia dónde nos está llevando esto que llamamos «progreso»?

Las posturas pueden ser diversas.

Algunos se encierran en un optimismo ingenuo y dicen: «el hombre es inteligente, todo irá cada vez mejor».

Otros caen en una secreta resignación: «no se puede esperar otra cosa de los políticos, nada nuevo van a aportar las religiones, tenemos que aguantar con lo que tenemos», dicen estos.

Hay quienes se hunden en la desesperanza y comentan: «ya no somos dueños del futuro, estamos cometiendo errores que nos acercan a la destrucción, al fin del mundo».

Hay una manera sencilla de definir a los cristianos. Somos hombres y mujeres que tenemos esperanza. Es nuestro rasgo fundamental.

Los cristianos no pretendemos conocer el futuro del mundo, mejor que los demás. Sería una ingenuidad entender el lenguaje apocalíptico de los evangelios como un reportaje sobre lo que va a suceder al final.

Viviendo día a día la marcha del mundo, también nosotros nos debatimos entre la inquietud y la resignación. Sólo Dios es nuestra esperanza.

El Porvenir del mundo es Dios. Lo sepamos o no, estamos colocados ante Él. La historia se encamina hacia su encuentro. Al final, todo lo finito muere en Dios, y en Dios alcanza su verdad última. Dios es el final misterioso del mundo: Dios encontrado para siempre es el «cielo»; Dios perdido para siempre es el «infierno»; Dios como verdad última es el «juicio».

Esto que puede hacer sonreír a algunos es para el creyente la fuerza más real para mantener la esperanza, y le ayuda a criticar

falsas ideas de progreso y a seguir trabajando para conseguir que este mundo sea más humano y más digno de Dios.

Esta es nuestra tarea en el trabajo de cada día, porque la vida sigue adelante.

(D)

Palabras que no pasan

Los signos de desesperanza no son siempre del todo visibles, pues la falta de esperanza puede disfrazarse de optimismo superficial, activismo ciego o secreto pasotismo.

Por otra parte, son bastantes los que no reconocen sentir miedo, aburrimiento, soledad y desesperanza porque, según el modelo social que se lleva, se supone que un hombre que triunfa en la vida, no puede sentirse solo, aburrido o temeroso. Eric Fromm, con su habitual perspicacia, ha señalado que el hombre contemporáneo está tratando de librarse de algunas represiones como la sexual, pero se ve obligado a «reprimir tanto el miedo y la duda, como la depresión, el aburrimiento y la falta de esperanzas.

Otras veces, nos defendemos de nuestro "vacío de esperanza", sumergiéndonos en la actividad. No soportamos estar sin hacer nada. Necesitamos estar ocupados en algo, para no enfrentarnos a nuestro futuro.

Pero, la pregunta es inevitable: ¿qué nos espera después de tantos esfuerzos, luchas, ilusiones y sinsabores? ¿No tenemos los hombres otro objetivo sino producir cada vez más, distribuimos cada vez mejor lo producido, y consumir más y más, hasta ser consumidos por nuestra propia caducidad?

El hombre necesita una esperanza para vivir con plenitud. Una esperanza que no sea «una envoltura para la resignación», como la de aquellos que se las arreglan para organizarse «una vida tolerables y aguantar bastante bien la aventura de cada día».

Una esperanza que no debe confundirse nunca con una espera pasiva, que no es, con frecuencia, sino «una forma disfrazada de desesperanza e impotencia» (E. Fromm).

Una esperanza que no es tampoco el arrojamiento ciego y falto de realismo de quien actúa a la desesperada, sin amor a la vida, y por tanto, sin temor a destruir a otros o a que le destruyan a él.

El hombre necesita en su corazón una esperanza que se mantenga viva aunque otras pequeñas esperanzas se vean malogradas e incluso completamente destrozadas.

Los cristianos encontramos esta esperanza en Jesucristo y en sus palabras que «no pasarán». No esperamos algo que «no puede ser». Nuestra esperanza se apoya en el hecho incommovible de la resurrección de Jesús.

A partir de las palabras del resucitado nos atrevemos a ver la vida presente en «estado de gestación» como algo que no nos ha entregado todavía su último secreto, como germen de una vida que alcanzará su plenitud final sólo en Dios.

P. Juan Jáuregui Castelo